

Como esta circunstancia volvía á concordar con la descripción dada por Marco Polo de la costa asiática, y creyeron entender además por los indígenas que, aunque navegasen otros veinte días, no alcanzarían el extremo del país, y que en las lejanas montañas del Oeste vivía un poderoso rey que llevaba blancas vestiduras y al que rendían culto divino, desvaneciéndose hasta la última duda en el ánimo de Colón, que creyó haber llegado á Asia con toda seguridad, y que en breve llegaría al dorado Chersoneso (la península de Malaca) y más tarde á Taprobana (Ceylán), á la India y á todos los demás países de Oriente conocidos.

De esta idea participaban completamente todos los marineros que iban con el almirante, que no titubearon en firmar un protocolo certificando la opinión de éste, pues según deducían todos era imposible que hubiese otra isla alguna que se extendiese 335 leguas en la misma dirección, distancia que creían haber recorrido en la costa meridional de Cuba.

Si hubiese continuado Colón sólo dos días más en la misma dirección, hubiese comprendido por sí mismo su error, en el que siguió hasta su muerte; mas por desgracia, tanto por el mal estado de los barcos como por la escasez de provisiones, tuvo que pensar en emprender el regreso.

Timoneando hacia Nordeste llegaron el 13 de junio á una gran isla que sobresalía á causa de los grandes y solitarios picachos que se elevaban en ella, y á la que dieron el nombre de Evangelista, sustituido actualmente por el de isla de los Pinos. Desde allí volvieron, después de grandes penalidades, á Cabo Cruz, donde se detuvieron algunos días para reparar el barco del almirante, que había embarrancado en un banco de arena durante la travesía, y el 22 de julio tocaron en la costa de Jamaica para reconocer la parte meridional de ésta.

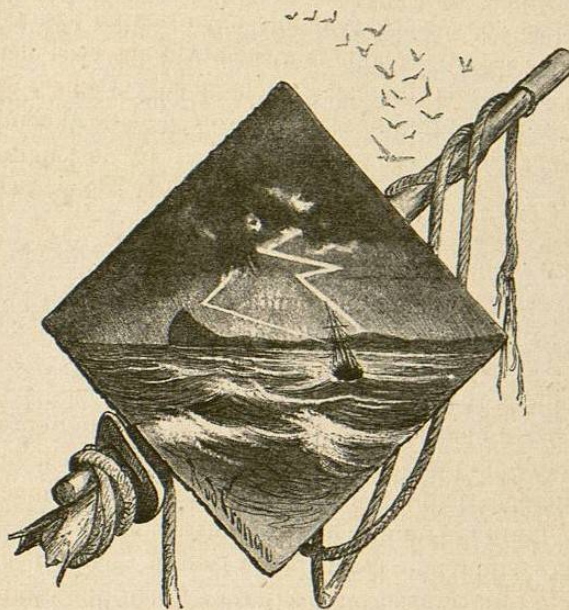
Luchando continuamente con vientos contrarios, invirtieron casi todo un mes en circundar la isla; mas tanto los encantos del paisaje como la amistosa acogida que tuvieron por parte de los indígenas, indemnizaronles cumplidamente de este retraso.

Una entrevista por demás interesante tuvieron con un cacique que gobernaba un gran pueblo en las cercanías de la actual bahía de Portland.

A causa de las narraciones del intérprete lucayo sobre las maravillas y riquezas de España excitóse tanto la fantasía del salvaje, que la mañana del día de la partida de los barcos presentóse á bordo del buque almirante acompañado de su mujer, hijos y hermanos, solicitando permiso para acompañarlos á España. Toda la familia ostentaba sus adornos de gala. En la busarda de la canoa del cacique, adornada ricamente con pinturas y labrados, se hallaba un guerrero vestido con un manto de plumas de vivos colores, y llevando en la mano un estandarte hecho también de

plumas blancas. El cacique llevaba sujeta á la frente una cinta adornada de piedras preciosas, y además grandes ajorcas de oro en las orejas, y en el pecho una gran plancha del mismo metal; alrededor de las caderas ostentaba un cinturón cuajado de piedras preciosas.

Su mujer y sus hijas llevaban también adornos por el estilo, lo mismo que la guardia de honor, compuesta de una docena de indios, que le acompa-



Cabo Cruz. (Dibujado del natural por Rodolfo Cronau)

ñaban, que ostentaban en la cabeza unos extraños cascos hechos de plumas, y en la mano trompetas de madera negra primorosamente labradas.

Desgraciadamente no pudo acceder el almirante por entonces á los deseos del cacique, consolándole con la idea de que ya tendría ocasión más adelante de ir con ellos.

El 19 de agosto llegaron por fin al extremo oriental de Jamaica, ó sea Cabo Farol, llamado hoy Point Morant, y al día siguiente vieron el promontorio Sudeste de la isla Haití ó Española. Colón dió á este cabo el nombre de San Miguel; hoy, por el contrario, lleva el de Cabo Tiburón; pero la certeza de que habían llegado á la costa de la Española no la adquirieron hasta el día 23 del mismo mes, cuando algunos indígenas, acercándose al barco, no sólo hablaron al Almirante dándole su título, sino pronunciando también algunas palabras castellanas que habían aprendido.

Hacia fines de mes anclaron en la pequeña isla Beata, cerca del pe-

ñasco llamado Alta Vela. (Véase el grabado de la pág. 337). Como los indígenas les dijeran que en la colonia de Isabela seguía todo bien, reinando la paz en toda la isla, mandó Colón desembarcar un poco más allá, hacia Oriente, á nueve hombres para que, atravesando la isla, anunciaran su próxima llegada á la colonia.

Cuando continuando la travesía llegaron cerca de la isla de Saona, persistentes vientos huracanados dispersaron la pequeña escuadra, tardando ocho días en volverse á reunir, cuyo tiempo pasó Colón con su barco en un sitio seguro cerca de la misma. Allí observó Colón un eclipse de luna y calculó que la diferencia de hora entre Cádiz y Saona era de cinco horas y veintitrés minutos, lo cual no es en realidad completamente exacto, pues según eso estaría Saona á los 80° 45' de longitud al Oeste de Greenwich, y está demostrado que la citada isla está situada bajo los 68° 35'.

El 24 de septiembre llegaron otra vez á terreno conocido, al Cabo de San Rafael (hoy Cabo Engaño), la punta oriental de la Española. Colón abrigaba el proyecto de ir desde allí más hacia el Este, á Puerto Rico y á las pequeñas Antillas, para terminar el descubrimiento de ellas; pero al llegar á la pequeña isla de Mona, situada en el estrecho que hay entre la Española y Puerto Rico, las debilitadas fuerzas del Almirante, completamente extenuado por tantas vigiliadas y desusadas peripecias, le abandonaron por completo, cayendo en un letargo parecido á la muerte, con lo cual se asustó tanto la tripulación que, desistiendo por completo del primitivo proyecto, emprendió la vuelta á la Isabela. Cuando llegaron á ésta, el 29 del mismo mes, transportaron á tierra á Colón, que estaba sin sentido y con pocas esperanzas de vida.

Sólo al cabo de mucho tiempo, y gracias á la esmerada asistencia que le prodigaron, pudo recobrar la salud, teniendo la alegría de ver sentado al lado de su lecho á su hermano Bartolomé, que había ido entretanto de España con tres barcos, y cuya compañía fué para él desde entonces de gran utilidad y descanso. Colón necesitaba más que nunca ayuda, porque durante su viaje y enfermedad habían empeorado visiblemente los asuntos de la colonia. Sobre todo el fuerte de Santo Tomás, en Cibao, que, como se recordará, había quedado á las órdenes de Pedro Margarite, era el que más disgustos proporcionaba. El gobernador, en quien tanto había confiado Colón, daba los peores ejemplos á sus soldados, y en vez de continuar explorando á Cibao, cumpliendo las órdenes del Almirante, pasaba la mayor parte del tiempo con sus compinches en los pueblos indígenas de Vega Real oprimiendo y maltratando á sus habitantes, y llevando con sus gentes, que habían perdido todo el respeto de sí mismo, una vida licenciosa á costa de éstos; así es que los indios comprendieron bien pronto

el verdadero carácter de aquella gente que al principio habían adorado como dioses, y á los que por lo tanto aprendieron á odiar y despreciar profundamente.

Inútilmente dirigió Diego Colón, que hacía las veces del Almirante en



Paisaje de la costa de Jamaica (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

la colonia, una severa amonestación á aquel gobernador que de tal modo olvidaba sus deberes, pues tuvo, por el contrario, que sufrir que éste, en compañía de un número de descontentos que habían creído que en aquellos nuevos países recogerían grandes tesoros sin molestia alguna, se apoderasen de algunos de los barcos que había llevado Bartolomé Colón y se

dirigiesen á España. Los soldados, que habían quedado sin guía alguna, entregáronse entonces más que nunca á los mayores excesos, cuyo resultado fué que los caciques de la isla conspirasen contra ellos con objeto de exterminarlos ó echarlos de ella. A la cabeza de la conspiración estaba Caonabo, el poderoso cacique de Maguana, hombre sumamente guerrero y enemigo declarado de los blancos, que era el que había dado el golpe de muerte á la colonia de La Natividad.

Con cerca de 10,000 guerreros había tratado de sorprender el fuerte de Santo Tomás, pero el golpe había fracasado gracias á la vigilancia de Alonso Ojeda, que tomó el mando de la fortaleza después de la vergonzosa huida de Margarite. Hacía ya treinta días que sitiaba Caonabo el fuerte, decidido á hacer perecer de hambre á la pequeña guarnición compuesta sólo de quince hombres. En este estado estaban las cosas cuando Colón despertó de su letargo.



Ornamentación de un collar de piedras de Guadalupe.

Al lado de Bartolomé vió el Almirante á otro amigo: era éste el cacique Guacanagari, de cuya complicidad en el ataque del fuerte de La Natividad no había podido convencerse nunca. Ahora, que todos los habitantes de la isla se habían levantado contra los españoles, había no sólo ido para informar al Almirante de la conspiración tramada contra ellos, sino para ofrecerles su auxilio y el de sus guerreros.

Afortunadamente mejoró pronto la desesperada situación de la colonia, pues no sólo consiguieron rescatar el fuerte, sino que, gracias á una audaz maniobra de Ojeda, cogieron prisionero al temido Caonabo. Colón mismo, al frente de sus gentes, dió el 25 de marzo de 1495, cerca de la actual ciudad de Santiago, una batalla á los enemigos, cuyo ejército se componía de unos 100,000 hombres, y á pesar de que el suyo contaba sólo 200 y 20 caballos, como había sido reforzado por los guerreros de Guacanagari, sostuvieron un combate decisivo que fué fatal para los indígenas.

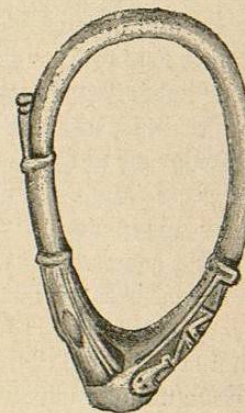
No sólo á la superioridad de las armas de fuego debieron aquella brillante victoria los españoles, sino principalmente al empleo de los caballos barbados que causaban con su aparición tanto pavor á los indígenas como los 20 perros de presa que con furor nunca visto se lanzaban en las filas de los desnudos indios despedazando cuanto hallaban á su paso, por lo que sembraban entre los salvajes indecible espanto.

Con la pérdida de esta batalla quebrantóse por completo la resistencia de los indígenas, que se declararon dispuestos á pagar en épocas fijas

del año un tributo de polvillo de oro fijado por Colón. Para recoger estos tributos, así como para mantener la sumisión de los indios, construyeron los españoles otros varios fuertes, tales como los castillos de Magdalena, Santa Catalina, Esperanza y Concepción.

La felicidad y la vida tranquila y descuidada de los indígenas había terminado para siempre.

Mientras que Colón, librando rudos combates, se afanaba en arreglar á la trastornada colonia, los verdaderos autores del daño, es decir, Margarite y sus secuaces, así como el padre Bogle, que cansado de su misión había regresado á España con los desertores, hacían todo lo posible por calumniar y desprestigiar á aquél en la corte de España. Que lograron en parte su designio lo demuestra el hecho de que en agosto de 1495 llegase á la Española Juan Aguado para informarse de las causas que habían motivado las anormales circunstancias por que atravesaba la colonia. Desconociendo completamente su misión, se condujo este enviado con tal altivez, que el almirante creyó conveniente, cuando ya el primero hubo regresado á España, ir también para rechazar personalmente todas las acusaciones formuladas en contra suya.



Collar de piedras de Guadalupe. Según un original que se conserva en el Instituto Smithsonian. (Dibujado por Rodolfo Cronau).

Dejando, por lo tanto, á su hermano Bartolomé al frente de la colonia de La Natividad, embarcóse el gran descubridor el día 10 de marzo de 1496 para emprender su regreso á Europa. Con él se embarcaron en los dos barcos 225 españoles, enfermos unos y descontentos otros, además de 30 indios prisioneros, entre los que se hallaba el cacique Caonabo, que murió en la travesía.

Poco familiarizado aún con la naturaleza del viento monzón reinante en las aguas índico-occidentales y del Atlántico, tomó Colón la dirección meridional en vez de septentrional, que le hubiera sido más favorable, encontrándose de pronto en la región de Este, que dificultaba extraordinariamente la navegación, tanto que el 9 de abril, después de un mes de travesía, se hallaron aún enfrente de las islas Caribes, en las que tuvieron que tocar para reponer la provisión de agua y víveres de los barcos.

Tocando en la isla María Galante, llegaron al siguiente día á Guadalupe, sorprendiéndose grandemente al encontrar una gran multitud de mujeres que, armadas con arcos y flechas, estaban dispuestas al parecer á impedir el desembarque de los españoles. Sólo consiguieron éstos de-

sembrar después de hacer una salva de pólvora que dispersó á las Amazonas.

En las chozas de las fugitivas hallaron, entre otras cosas, miel y cera, y además nuevas muestras inequívocas del canibalismo que dominaba en la isla, pues en una cabaña hallaron un brazo humano preparado para asarlo al fuego.

Mientras una parte de la tripulación acarrea leña y agua y hacía además grandes provisiones de cazabe ó pan de yuca, la otra, compuesta de 40 hombres armados, se internó para hacer una excursión por el país, y volvió al siguiente día conduciendo 10 mujeres prisioneras y 3 muchachas: las primeras eran en su mayoría altas y robustas, y habían dado mucho que hacer á los españoles por la resistencia que opusieron á ser cogidas. Este espíritu guerrero, peculiar á aquellas mujeres; la circunstancia de haber hallado partidas ó grupos de ellas armadas, y los relatos mal comprendidos de algunos indígenas, que aseguraban la existencia de islas habitadas por mujeres que sólo en determinadas épocas del año recibían visitas de hombres, afirmaron más la creencia de los españoles de que tenían que luchar con verdaderas Amazonas. Más adelante seremos más extensos acerca de este punto.

Por las observaciones que entonces y algún tiempo después hicieron los españoles sobre la vida de los caníbales, vieron que la poligamia estaba allí á la orden del día, desconociéndose por completo la barrera que la consanguinidad impone entre ambos sexos en los países civilizados.

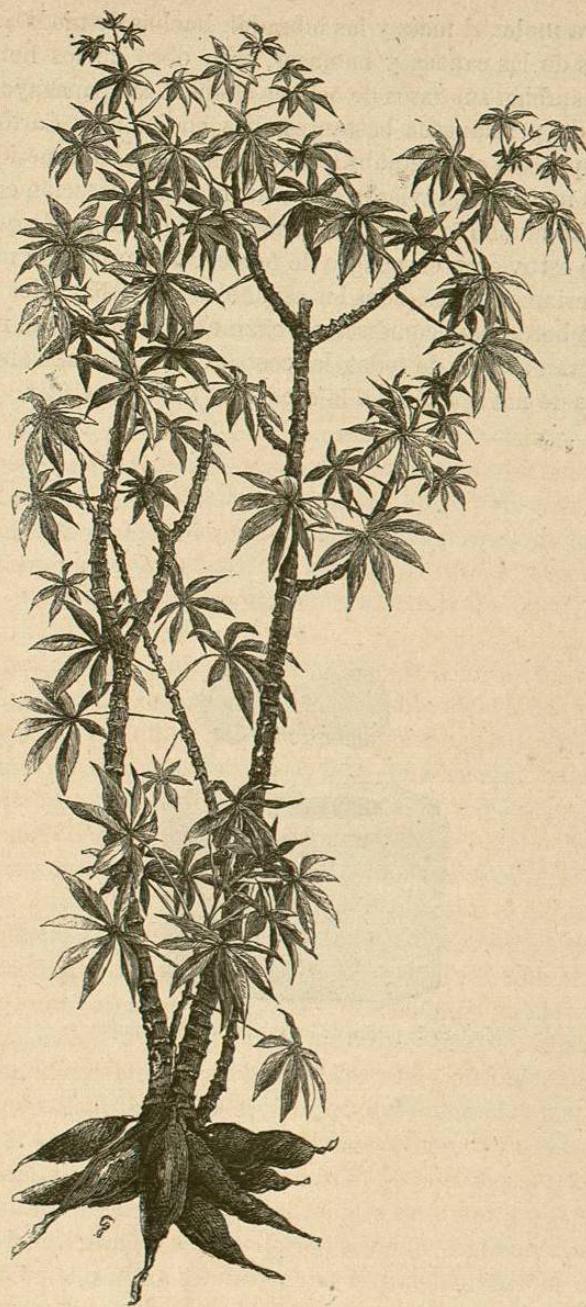
Era costumbre, por el contrario, que un hombre se casase con dos hermanas ó con una madre y una hija, y á veces se daba también el caso (por más que no era frecuente) de que un padre tomase por mujer á su hija, ó un hijo se casase con su madre.

Los trabajos domésticos estaban encomendados á las mujeres, dedicándose los hombres á la caza, la pesca y la guerra, empleando la mayor parte de su vida en aquellas sangrientas correrías que tan terrible fama les habían dado.

Cuando volvían de ellas celebraban la victoria con grandes fiestas y danzas en las que abundaba el *Oüycou*, bebida espirituosa hecha de cazabe. En estas danzas presentábanse los hombres y mujeres con sus mejores adornos, y el cuerpo lleno de pinturas hechas con rojo Roucou.

Los guerreros inferiores se adornaban con dientes de animales ó con huesos de los enemigos muertos por ellos. Los caciques, por el contrario, llevaban los adornos más raros, como grandes anillos de piedra en forma de collera de caballo, de los que colgaban pequeñas flautas hechas con los huesos de los enemigos muertos en campaña.

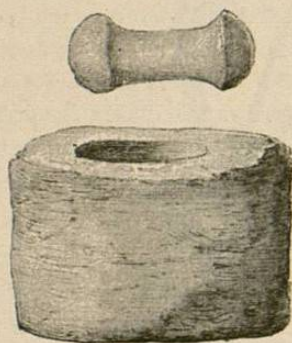
Estos anillos, adornados con toda clase de ornamentos, así como los



Yuca ó cazave (*Jatropha Manihot*), planta de la cual extraen los indios una harina nutritiva

morteros para moler el maíz y las labradas hachas de piedra, las mazas y los adornos de las canoas y hamacas, eran obra de los hombres, que empleaban también sus ratos de ocio en domesticar papagayos.

Después de permanecer bastantes días en las islas Caribes levaron anclas los españoles el 20 de abril; pero como se habían metido ya en la región de los monzones, tuvieron que continuar en dirección contraria, lo que dificultaba mucho la travesía, retrasándola de tal modo que á principios de junio estuvieron en peligro de perecer de hambre, de manera que ya estaban seriamente decididos los españoles á degollar á los indios que se hallaban á bordo para comérselos. Felizmente el día 10 del mismo mes vieron, con gran alegría de todos, las costas de España, anclando, al cabo de tres meses de navegación, en la espaciosa bahía de Cádiz.



Mortero de piedra de los caribes de Guadalupe

TERCER VIAJE DE COLÓN

Por segunda vez recorrió Colón en triunfo España hasta llegar á la Corte, seguido de un número de indios que con la riqueza de sus adornos de oro iban pregonando la gran cantidad que atesoraban los países de que procedían. La Corte tributó á Colón la más cordial acogida, y no sólo no se hizo mención de las acusaciones de sus enemigos, sino que se le concedieron nuevos honores, aprobando sus proyectos referentes á la colonia y á los preparativos de una nueva expedición, puesto que el almirante ofrecía en lontananza grandes riquezas con la explotación de las minas de Cibao y de las descubiertas en Haití, al Mediodía de la Española, pocos días antes de su partida.

Mas tenía que transcurrir aún bastante tiempo antes de que se llevase á efecto la proyectada expedición, pues otros sucesos referentes á los Reyes relegaban á segundo término los proyectos del Almirante. Una vez los intrincados asuntos con Francia, y otra los preparativos para las futuras bodas del príncipe heredero Don Juan y de la infanta Doña Juana con las respectivas hijas del emperador de Austria, eran los que no tan sólo ocupaban toda la atención de los reyes, sino que absorbían también todos los medios disponibles.

Otras grandes dificultades oponíanse también á la realización del proyecto del almirante, tales como el no hallar suficiente número de tripulantes para los barcos, ni tampoco gente bastante para el establecimiento de nuevas colonias y explotación de las minas. Los descontentos que regresaron con Margarite y también con Colón habían hecho todo lo posible por desprestigiar á éste, propalando muchas mentiras sobre aquellas tierras; así es que nadie quería ir voluntariamente á la Española, donde en vez de los soñados montes de oro esperaban á los emigrantes sólo enfermedades, penas y trabajos.

En este apuro recurrieron al peor de todos los medios, como era el de utilizar á los penados para la colonización de la isla, los cuales cumplirían su condena estando más ó menos tiempo en la Española, según la pena que se les hubiera impuesto.

Por este medio, puesto también más tarde en práctica por otras na-